
LA FAMILIA Y LA TRANSMISIÓN DE LA FE

XXXIII JORNADAS DE VICARIOS DE PASTORAL

**PONENCIA DE MONS. FERNANDO SEBASTIÁN AGUILAR
ARZOBISPO DE PAMPLONA Y OBISPO DE TUDELA**

INTRODUCCIÓN

Vengo con la mejor voluntad para hablaros de un asunto que me parece de primera importancia en nuestra actuación pastoral. Confieso que lo hago con respeto y temor. Vosotros estáis en la primera línea del trabajo pastoral de las Diócesis, de toda la Iglesia de España. Procuraré ofreceros el fruto de mis reflexiones, mis propias dudas e inquietudes, y sobre todo querría transmitir os la impaciencia de mis deseos, ser capaces de anunciar el evangelio con fidelidad y credibilidad a las nuevas generaciones de españoles.

No pretendo hablar de forma académica, sino pastoral. Vamos a ocuparnos de una cuestión que está en el meollo de nuestros problemas pastorales. La podríamos plantear así ¿qué ocurre en una Iglesia tradicional y ampliamente implantada, cuando las familias cristianas dejan de ser capaces de educar cristianamente a sus hijos? Esta es una situación muy nueva en España que está trastornando gravemente nuestra vida eclesial y que requiere urgentemente una reflexión y unas medidas pastorales lúcidas y valientes.

Un dato puede servirnos de alerta. El año pasado 8000 niños pidieron el bautismo en España con una edad de entre 8 y 10 años. Tanto se multiplican estos casos últimamente que la Conferencia Episcopal Española ha promulgado unas *Orientaciones pastorales* para preparar a los adolescentes que piden el bautismo. Los datos de las estadísticas nos obligan a plantearnos como problema pastoral número uno éste de la transmisión de la fe a las nuevas generaciones. Por primera vez en España desde hace muchos siglos la mayoría de los jóvenes españoles se declaran no creyentes. Y del 48% que se considera cristiano solamente un 10% acude habitualmente a la Iglesia. La Iglesia es la institución que menos confianza les merece. Esta situación nos está obligando a pensar seriamente en el papel de la familia cristiana en la transmisión de la fe, es decir en el ejercicio de la misión central de la Iglesia.

La fe es, ciertamente, un don de Dios, el don de Dios por excelencia. Es El Quien se revela y se nos hace asequible, quien nos invita a creer en El y mueve nuestras facultades interiores para que le aceptemos como apoyo y centro de nuestra vida. Pero a la vez, con esa inicial ayuda de Dios, la fe es respuesta del hombre, decisión personalísima por la cual cada uno define su propia vida. Podemos decir que la fe es el don de responder amorosamente a la revelación y al ofrecimiento de Dios.

A la vez que don, la fe es un acto personal y configurante. La fe implica una decisión personal absolutamente intransferible. Supone un cambio interior, y una movilización de las facultades del alma, un asentimiento libre en el que cada sujeto define profundamente los caracteres de su propia vida. Así aparece claramente en este texto de la Const. *Dei Verbum* (n.5).

“Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el “homenaje total de su entendimiento y voluntad”¹ asintiendo libremente a lo que Dios revela. Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda, junto con el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede “a todos gusto en aceptar y creer la verdad”²

¹ Conc. Vat. I, Const. *Dei Filius*, c.3; D 1789 (3008)

² Conc. Araus. II, c.7; D 180 (377)

Por lo cual, es preciso reconocer que no se puede hablar de una “transmisión de la fe” en sentido estricto, como se habla de transmisión de una enfermedad, de unas cualidades hereditarias, o de unos conocimientos. La fe es algo mucho más personal, mucho más libre. Cuando una persona elige el objeto de su fe personal, define y configura las características profundas y estables de su propia existencia. La fe nace en cada persona, de lo más profundo del ser personal, como una decisión profundamente libre, preparada por la acción creadora de Dios, por la acción del Espíritu Santo que nos ilumina, nos atrae y nos seduce para que creamos filialmente en Dios.

Sin embargo, cuando hablamos de la dificultad actual en la transmisión pacífica de la fe, queremos decir que *se han alterado los medios habituales de colaborar al surgimiento de la fe en las nuevas generaciones*. Medios habituales que, hasta ahora, han sido básicamente la familia cristiana y la cultura cristianizada. En una sociedad suficientemente cristianizada, como era la sociedad española hasta hace veinte o treinta años, la Iglesia ejerce su misión de ayudar a creer en el Dios de Jesucristo, fundamentalmente, por medio de las familias cristianas y de la influencia mentalizadora del ambiente cultural y social en el que vivimos. Las dos cosas han cambiado profundamente entre nosotros.

I. DIFERENTES MOMENTOS EN EL NACIMIENTO DE LA FE

Antes de entrar en la descripción del anuncio y el desarrollo de la fe cristiana, es oportuno caer en la cuenta de que la fe no es algo de naturaleza exclusivamente religiosa. Más bien hay que considerarla como una virtualidad de la existencia humana en cuanto tal, mediante la cual las personas se relacionan, se comunican y ponen en común sus conocimientos y experiencias, suscitando la solidaridad y la convivencia compartiendo un patrimonio espiritual común y apoyándose mutuamente en la protección y desarrollo de sus existencia.

La fe, considerada como un existencial humano, es el vehículo de la relación y de la comunicación interpersonal, fundamento y vehículo de la socialización.

La doctrina católica nos presenta el acto de creer en Dios como un acto esencialmente libre y profundamente personal. La doctrina bíblica y la moderna filosofía de la religión están de acuerdo en señalar que el elemento más profundo de la fe, es el acto libre de entrega personal a la realidad personal de Dios en cuanto fuente de verdad y de vida, garantía y fundamento de la vida verdadera por el amor. La fe cristiana consiste en aceptar libremente la *fundamentalidad* del Dios de Jesucristo, en la verdad, el crecimiento y la plenitud de la propia vida.

Lo dice hermosamente nuestro Xavier Zubiri: “Fe es la entrega o adhesión personal, firme y opcional, a una realidad personal en cuanto verdadera. En última instancia, fe es simplemente hacer nuestra la atracción con que la verdad personal de Dios nos mueve hacia El.”³ Esta relación interpersonal supone o suscita una verdadera causalidad personal, en virtud de la cual la vida personal del creyente se ve afectada por la vida y el ser personal de aquel en quien se cree, en nuestro caso, la vida y la acción de la Trinidad Santa.

³ Xavier Zubiri, *El hombre y Dios*, p. 221

Nuestro Papa Benedicto XVI lo expresaba con admirable belleza y profundidad en su libro *Introducción al cristianismo*:

“La fe es, pues, encontrar un tú que me sostiene y que, en medio de todas las carencias y de la última y definitiva carencia que comporta el encuentro humano, regala la promesa de un amor indestructible que no sólo ansía la eternidad sino que la otorga. La fe cristiana vive de que no existe el puro entendimiento, sino el entendimiento que me conoce y que me ama, de que puedo confiarme a él con la seguridad de un niño que en el tú de su madre ve resueltos todos sus problemas. Por eso la fe, la confianza y el amor son, a fin de cuentas, la misma cosa, y todos los contenidos en torno a los cuales gira la fe no son sino aspectos concretos del cambio radical, del “yo creo en ti”, del descubrimiento de Dios en el rostro de Jesús de Nazaret”.⁴

Esta fe en el Dios de Jesús no surge de cualquier manera, sino que tiene un proceso determinado que conviene recordar. En realidad coincide con lo que los teólogos exponen como análisis del acto de fe.

1. Para creer en Dios hay que comenzar por recibir y escuchar la revelación del mismo Dios. Esta escucha de la revelación de Dios requiere la voluntad personal de atender a la verdad y de vivir de acuerdo con ella; supone, al menos, la buena voluntad fundamental de querer vivir de acuerdo con la realidad y la verdad de nuestro ser y del ser del mundo. “Crear en Dios es aceptar la atracción con la cual El nos lleva hacia Sí ineludiblemente como realidad fundante” (X. Zubiri, en *El hombre y Dios*).
2. Para ello, el hombre tiene que haber sentido de alguna manera la necesidad, las carencias, las aspiraciones que nos preparan desde nuestra propia condición humana para entender y apreciar las promesas y los dones de Dios. En esta preparación prerreligiosa ya está presente la gracia de Dios. Más hondamente tiene que haber sentido “el buen corazón del mundo, de lo existente”. Ese buen corazón de la realidad en la que vivimos que el niño descubre en el rostro amable de su madre, en el calor acogedor y apacible de su regazo.
3. La combinación de estos elementos, junto con la gracia impulsante de Dios, nos lleva a aceptar libremente la verdad de lo que se nos propone como camino de salvación, como don de vida verdadera y eterna.
4. Esta realidad creída no son “cosas” aisladas o inanimadas sino que se refieren todas a Dios. Creer es aceptar la realidad de un Dios bueno, creador de una realidad buena en la que estamos, y la salvación que El nos propone juntamente con los medios que nos ofrece para conseguirla, por su Hijo Jesucristo, muerto y resucitado, presente y actuante en la Iglesia y por la Iglesia.
5. Por lo cual, la aceptación de la llamada y las promesas de Dios afecta a la visión del mundo en el cual nos situamos libremente, y por eso mismo a la configuración de nuestro ser personal, de tal forma que el creyente al aceptarla, se siente movido a organizar y regir su vida de acuerdo con la realidad creída. De este carácter comprometedor de la fe proviene la posibilidad de la resistencia y del rechazo, cuando no hay en el corazón las disposiciones necesarias de desprendimiento, humildad, rectitud y obediencia. O faltas las experiencias de una realidad amable que nos invitan a confiar en un Dios bueno.

⁴ Sígueme, 2005, p. 71

6. Esta aceptación de la realidad de Dios y de su intervención salvadora en nuestra vida, no tiene por qué ser una decisión rupturista ni rectificadora de la vida, necesariamente iniciada al margen de la fe, sino que puede ser asimilada por el sujeto gradualmente a la vez que descubre los demás niveles de la realidad y se instala adecuadamente en ellos mediante la fe interpersonal y el ejercicio de sus facultades espirituales. Es más, lo normal es que el niño descubra el mundo en entera verdad, también presidido por un Dios bueno que fundamenta el sentido, y que garantiza la vida y el amor sin fin.

II. LA FUNCIÓN DE LA FAMILIA CRISTIANA EN LA EDUCACIÓN CRISTIANA DE LOS HIJOS

Tengo la impresión de que, en la teoría y en la práctica de nuestras actividades pastorales, no hemos valorado suficientemente la intervención de la familia en el servicio a la fe de las nuevas generaciones. Durante siglos la fe ha ido pasando pacíficamente de padres a hijos sin que cayéramos en la cuenta de la importancia que tenía esta transmisión en la vida de la Iglesia. Ahora, que ese proceso se ha alterado, comenzamos a echarlo de menos y valorarlo en lo que le corresponde.

Comencemos por hacernos una pregunta apelando a nuestra propia experiencia. Pensad ¿quién nos ha enseñado a rezar? ¿cuándo y dónde y cómo hemos aprendido a creer en Dios, a amar a Jesucristo, a invocar a la Virgen María? ¿quién nos ha enseñado a distinguir el bien del mal? ¿dónde hemos ido aprendiendo a vivir como cristianos?

Una sencilla observación sobre nuestra propia vida, por lo menos para los que tenemos ya una cierta edad, nos hace caer en la cuenta de que la mayoría de nosotros hemos nacido a la fe y a la vida cristiana gracias a la influencia de nuestra familia. Ellos nos llevaron al bautismo y ellos se encargaron de que creciera en nosotros personalmente la fe recibida. Nuestros padres y abuelos, incluso nuestros hermanos, fueron quienes realmente nos iniciaron en el conocimiento y en el ejercicio de la vida cristiana.

En la mayoría de las familias cristianas, con la primera educación y las primeras ayudas para despertar en nosotros la vida consciente, se nos ofrecían las realidades de la fe, invitándonos a aceptarlas y tenerlas en cuenta con plena naturalidad. De este modo hemos recibido el anuncio y la presentación de las realidades divinas desde el inicio de nuestra vida consciente, junto con las demás aperturas hacia la realidad.

Nunca recibimos una visión del mundo como algo cerrado, a la cual tuviéramos que añadirle más tarde la presencia de un Dios sobrevenido y casi postizo, sino que recibimos desde el primer momento una visión del mundo ya iluminada y transformada por la fe, en la que Dios estaba presente y actuante desde el principio, el mundo era criatura de Dios, todos éramos criaturas de Dios, Jesús estaba presente en nuestra vida, los hombres éramos hermanos, la Iglesia ocupaba un lugar importante en la vida, existía un código de comportamiento universalmente vigente y aceptado que era de hecho el que provenía de la fe en Dios y en Jesucristo.

En algunos momentos de nuestra historia, no excesivamente lejanos, hemos criticado duramente el cristianismo sociológico. Es posible que en aquellos momentos no tuviéramos suficientemente en cuenta el valor de aquella transmisión pacífica y generalizada de la fe de generación en generación. La honestidad con nosotros mismos nos tiene que llevar a

reconocer que este fenómeno producía cosas muy importantes que entonces no valorábamos suficientemente y ahora echamos en falta:

- por un lado la universalidad de la evangelización. Todos los niños recibían el bautismo y la mayoría de ellos recibían una suficiente educación cristiana, con una extensión que las instituciones públicas de la Iglesia, sin la colaboración de las familias, no pueden conseguir.
- esta fe recibida en los primeros años de la vida alcanzaba una hondura y una connaturalidad en las personas así evangelizadas que sin esta influencia de la familia en los primeros años de la infancia es muy difícil de conseguir. Si la fe para ser vivida enteramente tiene que hacerse cultura, es en el seno de la vida familiar en donde la fe se hace cultura, inspiradora de la vida personal y de las costumbres sociales espontáneamente compartidas.

La vida en la familia es una experiencia del amor gratuito, fiel, incondicional, por todo ello es una experiencia que prepara para aceptar con normalidad la presencia de un Dios amor, de un Dios Padre, que cuida de nosotros más allá de los padres terrenos. La paternidad humana tiene límites, el padre no es Dios, pero su amor enseña a contar con el Amor de un Padre del Cielo, de un Dios Padre. Incluso la carencia de padre predispone también para acoger el amor de Dios Padre.

La transmisión familiar de la fe era el núcleo de la educación, la más profunda justificación y motivación de las más profundas actitudes vitales y de las normas más fundamentales del propio comportamiento. De esta manera los padres no se conformaban con dar la vida sino que lograban también dar a sus hijos EL SENTIDO DE LA VIDA.

Es posible que una fe personal así nacida y crecida, en tan estrecha familiaridad con el “universo cristiano”, tenga sus limitaciones, comienza siendo una fe infantil, poco fundamentada intelectualmente, no expresamente afirmada en un acto reflejo de libertad. Una fe que necesitará ser reafirmada posteriormente, en la adolescencia, en la juventud, en la madurez y quizás de nuevo en la vejez. La fe es un acto y un estado de la persona que hay que ir renovando y readaptando en cada etapa de la vida.

Pero a la vez, la fe así adquirida tiene unas características muy positivas que difícilmente se pueden adquirir de otra manera. El niño, en su relación con los padres y los hermanos, adquiere la imagen de su universo dentro del cual está Dios, Jesús, la Virgen María, el cielo y el infierno, el bien y el mal, la Iglesia y los sacramentos. Todo eso forma parte del mundo original en el cual situamos nuestra existencia. Y todo ello queda avalado por el testimonio de los padres, participando de los mismos sentimientos de confianza, cercanía, amabilidad que nuestros padres nos inspiran. Dios, Jesús, los santos forman parte del mundo familiar, constitutivo, de las capas más profundas de nuestra conciencia que configuran nuestra más radical identidad personal y nuestra manera de estar en la sociedad y en el mundo.

Así ha sido hasta ahora y así tendría que seguir siendo. Los padres cristianos saben que son colaboradores de Dios en la generación de sus hijos, colaboradores en la atención a sus necesidades y especialmente colaboradores en la apertura de sus hijos al mundo de la redención. Si ellos reciben a los hijos como don de Dios ¿cómo podrían no enseñarles a conocer a su Padre del cielo? Si ellos se aman con amor cristiano ¿cómo podrían no darles a conocer al Cristo que es el origen del amor que le ha dado la vida? Si ellos han recibido la consagración de la Iglesia ¿cómo podrían no incorporar a sus hijos a la comunidad de los

santos donde ellos viven la fe y reciben el don del Espíritu de Dios, fuente del amor y de la vida? “La familia cristiana es una comunidad apostólica abierta a la misión”⁵

Los hijos de los matrimonios cristianos son los primeros candidatos para la evangelización. El hecho de nacer en una familia cristiana es ya una primera conexión con la realidad histórica y social de la Iglesia que permite y aconseja el bautismo de párvulos, con la esperanza real de que esos niños crezcan en un ambiente cristiano que les ayude a entrar casi naturalmente en la vida de la fe y de la comunión eclesial.

Sin embargo ahora no es así. Si en países como el nuestro el 80 y casi el 90 % de los niños son bautizados, solamente el 70 % reciben la primera comunión y no más del 40 ó 50 % se consideran luego cristianos y reciben la confirmación, reduciéndose a un 8 ó un 10% los que participan habitualmente en la Misa dominical.

¿Qué es lo que ha pasado en el camino? Hoy la mayoría de los padres cristianos quieren bautizar a sus hijos y de hecho los bautizan. Pero ya son bastantes menos los que saben que el gesto de bautizar a sus hijos supone el compromiso de ayudarles a descubrir y vivir personalmente la fe recibida, educándolos cristianamente, en toda la amplitud y riqueza del término.

Tenemos que reconocer que el medio de transmisión de la fe, más normal y más efectivo durante siglos se ha desmoronado en pocos años. Esta es una de las novedades más graves y más preocupantes de la situación de la Iglesia en la España actual. Donde este fenómeno comenzó antes, las familias actuales ya son mayoritariamente paganas, ya no se puede hablar de familias cristianas incapaces de educar cristianamente a sus hijos, sencillamente porque ya no son familias verdaderamente cristianas. En muchos países de larga tradición cristiana son minoría las familias que forman parte activa de la Iglesia. Esta puede ser la situación en España dentro de muy pocos años.

III. INCAPACIDAD EDUCADORA DE MUCHAS FAMILIAS CRISTIANAS.

El proceso de transmisión de la fe en el seno de una familia cristiana lo podemos concretar en los siguientes puntos:

1. Experiencia de la bondad de la existencia gracias al amor y a la acogida de los padres, de los hermanos, del conjunto familiar. La familia es un mundo en el que nos sentimos queridos, acogidos, un mundo digno de confianza, del que uno se puede fiar, un mundo de fe y de amor interpersonal.
2. La “fe filial” se constituye en el principal vehículo del saber, del descubrimiento del mundo y del desarrollo personal, intelectual y moral.
3. Recepción del testimonio creyente de los padres, de los abuelos, de los hermanos. La fe humana en los seres queridos y fiables, la “fe filial” nos hace pasar a la fe en Jesús, en Dios, en el mundo invisible de la salvación.

⁵ Cf. *Pastores gregis*, n.52

4. A medida que se ensancha la experiencia del niño esta fe religiosa adquiere un apoyo más amplio en la comunidad cristiana y una fundamentación más sólida en el conocimiento de la historia de Jesús, de los Apóstoles y de la Iglesia.

En casi todas nuestras familias, la fe crecía en las nuevas generaciones por la influencia del ambiente familiar, por los ejemplos de los mayores, por el apoyo de una cultura (configuración social y espiritual) que incorporaba las referencias religiosas con toda normalidad. Menciones de Dios, frecuencia sacramental, ritmo semanal, calendarios festivos, etc.

Hoy esto se da en muy pocos casos. La familia ya no es capaz de introducir a los niños en un mundo transformado por la presencia y la actuación de Dios. Lo más frecuente, por desgracia, es que los niños y los jóvenes adquieran una visión del mundo privada de referencias religiosas, en la que Dios, Jesucristo, la Iglesia, la vida eterna y las características de una vida cristiana y santa, se dejan a un lado como realidades de segundo orden, "opcionales", no necesarias, ni plenamente reales, cuando no inexistentes y hasta perjudiciales. El cambio no está únicamente en que los padres no eduquen cristianamente, sino que en realidad la familia, los padres, han perdido buena parte de su capacidad educadora en general.

En el estilo actual de la vida familiar, los padres no tienen tiempo ni calma para convivir ni comunicarse con sus hijos. Los hijos están muy poco tiempo con sus padres. No hay apenas espacios tranquilos, ociosos, en los que puedan surgir los temas de interés. El trabajo de la mujer fuera de casa se ha introducido rápidamente sin tener apenas en cuenta la especial función de la madre en la vida familiar, sin una suficiente atención a las exigencias de una adecuada educación de los hijos. Ahora nos presentan como un adelanto el que el ciclo educativo se extienda desde los 0 a los 3 años. Uno piensa que, antes de los tres años, los niños tienen que estar con sus madres. Tanto el padre como la madre tienen sus tareas específicas, además de las comunes, en ese delicado y decisivo proceso que es la educación y la maduración afectiva y personal de los hijos. Dejar a los niños aparcados en una guardería a las siete de la mañana y recogerlos a las siete o las ocho de la tarde cuando ya no hay ganas de nada, no es el mejor precedente para poder educar bien a los propios hijos.

Además de las dificultades meramente materiales, provocadas por el estilo de vida de los padres, muchas veces contra su voluntad, hay también un concepto de educación que debilita mucho la capacidad educadora de las familias. Con una extensión sorprendente los padres y educadores actuales tienden a pensar que la educación tiene que ser ampliamente permisiva, nada coercitiva, nada dirigista y totalmente respetuosa con la espontaneidad. Se confunde libertad con espontaneidad, educación con condescendencia. Sin embargo, el objetivo de una buena educación no es que el hijo "esté contento," que no le falte de nada, sino que se desarrolle como persona en el conocimiento y en su comportamiento, en sus convicciones y sus actitudes, enriquecido con las virtudes cardinales y teologales. Sin la experiencia de la propia responsabilidad, sin la responsabilidad radical de la propia existencia no es fácil que nadie se sienta movida a invocar a Dios y creer en Él.

La vida de fe requiere unas disposiciones previas que son en el ámbito de la vida personal como los "preambula fidei" en el orden del conocimiento. Para que una persona perciba la llamada de la fe y la acoja positivamente hace falta que tenga una actitud vital determinada: que esté abierto a los mensajes de la realidad y no esté encerrado en el mundo estrecho de sus gustos, de sus preferencias, que se sienta recibido en un mundo más amplio que él,

que no se sienta el centro del mundo, que no esté cerrado sobre sí mismo, ni por egoísmo, ni por temor o resentimiento.

Para dar el paso de la fe hace falta sentir y vivir la realidad como un seno acogedor, amable, en el que nuestra vida tiene que ser posible, en donde podemos vivir seguros. Hace falta además vivir la propia vida como respuesta, con responsabilidad frente a la realidad, a nuestra realidad y la realidad de los demás, hace falta percibir y vivir la propia libertad no como fuente de satisfacción, sino como respuesta positiva a una realidad buena y acogedora. Quien ha crecido encerrado en el gusto de las propias apetencias, sin sentir el valor de la vida como don y respuesta en el amor, será incapaz de entender lo que es "creer" en Dios, ni creer en nadie. Cuando un niño sabe que vive del amor de los demás, y que el amor recibido merece y reclama una respuesta de amor, entenderá mucho mejor las explicaciones y los testimonios acerca del buen Padre de Dios y de la necesidad de tenerle en cuenta en su vida.

Sobre estas carencias pedagógicas crece la gran carencia de la pedagogía cristiana: En muchos casos las familias no tienen vigor ni autenticidad religiosa para educar cristianamente a sus hijos mediante la experiencia doméstica compartida de una vida cristiana efectiva, con hechos, símbolos, y prácticas religiosas, engastadas en la realidad de la vida cotidiana, personal y social, intelectual y moral. No se vive en un mundo iluminado y transformado por la presencia de un Dios creído. Donde no hay una fe efectiva ya no es posible ayudar a los niños y jóvenes a desarrollarse, a crecer y vivir como cristianos.

Los padres transmiten a sus hijos la percepción del mundo en el que ellos viven, un mundo en el que frecuentemente ya no es el mundo de Dios

Sino un mundo prácticamente e implícitamente ateo, en el que no hay lugar ni tiempo para Dios, en el que Dios no influye realmente en la vida de las personas, ni de la familia, ni de la sociedad. Y sin embargo, una buena pedagogía de la fe, nos dice que como mejor se aprende a creer en Dios es conviviendo y practicando las manifestaciones de la fe con personas creyentes que nos inspiren admiración y confianza. Se aprende a creer viviendo con quienes creen. Imitando a otros creyentes que nos merezcan confianza. Eso no se puede hacer en ninguna parte como en la propia familia. Aquí está una de las dificultades mayores para la evangelización de nuestros jóvenes.

Aunque el 75 % de los matrimonios que se celebran en España sean matrimonios sacramentales, nadie sabe el porcentaje de ellos que se celebran sin las mínimas condiciones de fe y con un proyecto de vida verdaderamente cristiano. En estos matrimonios los hijos nacen tarde y escasos. En Navarra el índice de natalidad está en un 1,2 por mujer fértil. El más bajo de España, de Europa, del mundo entero. La práctica sacramental de las familias jóvenes es muy bajo. Los párrocos y los catequistas se quejan del desinterés de los padres por la educación cristiana de sus hijos en la parroquia, en la catequesis. Muchos quieren bautizar a sus hijos, la mayoría desean que hagan la primera comunión, pero no perciben la necesidad de que esas celebraciones sacramentales vayan acompañadas de las correspondientes actitudes religiosas que ellos tendrían que despertar y desarrollar en sus hijos. Los aturden a regalos, pero se desentienden del necesario apoyo al trabajo de los catequistas o de los profesores de religión. Dan mucha importancia a la comunión "primera", pero ya no se preocupan de la "segunda".

Esta debilidad cristiana de las familias es parte de una situación muy generalizada en nuestras Iglesias, como consecuencia de una cultura dominante, fuertemente influyente y determinante, que actúa sobre las conciencias de los cristianos, y que influye

profundamente en niños y jóvenes en cuanto asoman la cabeza fuera del recinto de su vida familiar. Los niños y adolescentes que vienen –o no vienen- hoy a nuestras catequesis son los hijos y quizás ya los nietos de los jóvenes que abandonaron la Iglesia en la crisis de los años setenta, en los últimos años del franquismo, los jóvenes antifranquistas y antivaticanistas del final de los setenta.. Aquellos jóvenes contestatarios y soñadores tienen hoy 50 ó 60 años, sus hijos son los jóvenes matrimonios crecidos lejos de la Iglesia, y sus nietos crecen ya en un ambiente plácidamente pagano.

Estas generaciones viven tranquilamente en un mundo donde no hay Dios, ni Cristo, ni Iglesia, ni mandamientos, ni esperanza de la vida eterna. La verdad es que nuestra cultura es una cultura politeísta, cuyos verdaderos dioses son el bienestar, el dinero, la libertad, una sociedad en la que cada uno es “dios” para sí mismo. Nuestra cultura nos conduce, casi sin darnos cuenta, a vivir centrados en nosotros mismos, confinados en nuestros propios deseos, como límite último de la realidad, como centro del mundo, en adoración y contemplación del propio ser temporal y de las pequeñas satisfacciones que el hombre puede alcanzar en su vida terrena, sensorial y material. Así no se puede creer en Dios. Es exactamente lo contrario.

Con frecuencia hemos aplicado tácticas pastorales equivocadas que debilitan el testimonio de los cristianos y su poder convincente (diálogo en igualdad, métodos concesionistas, lecturas seculares del evangelio y de la vida cristiana, recortes doctrinales y morales). No hemos sabido resistir la seducción de un aparente progresismo que lleva en el fondo la añoranza de las antiguas concordancias entre sociedad e Iglesia y valora más el beneplácito del mundo que la fidelidad al evangelio. Hay un proceso aparentemente brillante que por falta de claridad y de rigor intelectual termina siendo una rendición frente a las pretensiones del laicismo. Se comienza por adoptar posturas dialogantes que pretenden ser pastoralmente rentables, este diálogo para ser atractivo tiende a ser concesionista, más crítico hacia la Iglesia que hacia los interlocutores, en consecuencia va creando incomodidad respecto de la Iglesia y afinidades con los laicistas, hasta que termina en una clara rendición y en un completo sometimiento.

Estas tentaciones se ven con frecuencia apoyadas por los MCS y otras fuerzas difícilmente identificables que quieren una Iglesia progresista, una Iglesia “bien adaptada”, es decir, una Iglesia sometida, mundanizada, sin fuerza crítica, que deje de ser fermento, sal, que renuncie a su vocación evangelizadora, liberadora y transformadora. Nos critican cuando disentimos, nos alaban cuando coincidimos. Pero la regla de la autenticidad cristiana no es el gusto de los poderosos, sino la cruz y el amor de Cristo.

Por la fuerza de estos factores, con la complicidad de nuestros propios errores, la secularización ha entrado dentro de la misma Iglesia, con las apariencias y falsos prestigios de querer ser cristianos modernos y dialogantes, que saben situarse y moverse en el mundo actual.

“La tentación actual es la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del vivir bien. En un mundo fuertemente secularizado, se ha producido una “gradual secularización de la salvación”, debido a lo cual se lucha ciertamente a favor del hombre, pero de un hombre a medias reducido a la mera dimensión horizontal. En cambio, nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral, que

abarca al hombre entero y a todos los hombres, abriéndolos a los admirables horizontes de la filiación divina.”⁶

Tratándose de países que han sido intensamente cristianos, como es el caso de España, tenemos que tener en cuenta que nos movemos en una situación sumamente confusa. Nuestra sociedad no es ingenuamente pagana. En el origen de la paganía actual puede haber una explicable reacción contra un pasado excesivamente controlado por la Iglesia, aunque la verdad es que esa situación queda ya bastante lejana. A estas alturas de la historia, lo que algunos rechazan es más una creación literaria que una Iglesia real, conocida y padecida. El agnosticismo comienza siendo una rebeldía, pero se ha convertido en una moda y casi en una rutina. Ahora, lo más frecuente, no es el rechazo explícito y razonado, sino el descuido, la dejadez, la aceptación pasiva de las tendencias dominantes, de lo más fácil y placentero. Asusta pensar lo que será nuestra sociedad dentro de 20 ó 30 años, cuando una segunda generación surja y madure sin las conexiones que todavía tienen los jóvenes actuales con muchas ideas y muchos valores cristianos.

Contra la pretensión de implantar una cultura secular, laica y laicista, que haga vivir a los mismos cristianos en una sociedad sin Dios, tenemos que afirmar que la evangelización no es completa hasta que los cristianos, una vez convertidos, no lleguemos a crear y hacer vigente una visión alternativa de la vida y de la cultura, en la que Dios ocupe su lugar, en la que la fe en el Dios vivo y la esperanza de la vida eterna influyan en el conjunto de los valores, criterios morales y modelos de vida que configuran la existencia humana por dentro y por fuera. Algo de esto irá siendo verdad a medida que haya familias cristianas que se reúnan, que creen ambientes, actividades, modelos e instituciones sociales donde la presencia de Dios por Cristo y la vigencia del evangelio sean un hecho real y práctico.

En nuestra Iglesia de España existe ya conciencia de la gran tarea de evangelización que tenemos por delante. No vemos todavía con suficiente claridad qué tenemos que hacer para iniciarla. Hay experiencias maduras que señalan direcciones y abren caminos. Sería lamentable que en esta etapa de reflexión y renovación apostólica no tuviéramos en cuenta la misión y las grandes posibilidades de las familias cristianas. Sin duda habrá que recurrir a métodos diversos, pero es indispensable contar con las familias cristianas como la parte de la Iglesia más directamente vinculada a las nuevas generaciones, las primeras responsables y los agentes más adecuados para enseñar a vivir cristianamente a los hombres y mujeres de los próximos años.

IV. RECOMENDACIONES Y SUGERENCIAS.

Los cristianos, herederos de los usos de épocas anteriores, se muestran interesados por la recepción de los sacramentos de mayor relieve social. Pero no siempre acuden a estas celebraciones con la suficiente preparación ni con unas disposiciones personales suficientemente claras y sinceras para vivir el sacramento como una verdadera celebración de la gracia de Dios, acogida con fe como principio de una nueva vida. Por eso, hoy la urgencia primera es intensificar el anuncio de la salvación de Dios, despertar y fortalecer la fe, aumentar la estima de la vida sobrenatural y de los bienes del Reino, despertar los deseos de vivir cristianamente en los fieles que se acercan a la celebración de los sacramentos. En grandes líneas es evidente que hoy la acción pastoral de la Iglesia en

⁶ Cf. *Redemptoris missio*, n. 11

España necesita **intensificar el anuncio de la palabra, la llamada a la fe**, el desarrollo de unas disposiciones subjetivas adecuadas a la celebración y recepción de los sacramentos.

Y para lograrlo tendremos que acogerlos con gran respeto, buscando los momentos más propicios y los valores positivos como puntos de apoyo para ofrecerles del modo más sencillo y directo posible los puntos centrales del evangelio de Jesús, los que llegan más directa y profundamente al corazón sencillo y bueno de la mayor parte de los hombres. Por debajo de las modas, de las equivocaciones, de las debilidades e ignorancias, tenemos que ver siempre un corazón que busca la verdad y la felicidad que sólo Jesús puede ofrecer y sólo Dios nos puede dar. Hay que saber llegar hasta esta tierra buena donde antes de llegar nosotros está ya presente la gracia del Espíritu Santo.

El Papa nos convoca insistentemente a una nueva evangelización. “Se abre ante nosotros una etapa apasionante de renovación pastoral”⁷ La evangelización es el fenómeno de una Iglesia en expansión. Para eso hace falta una Iglesia más fuerte, más segura, más creativa en su interior que la sociedad circundante. La fe vivida por los cristianos tiene que ser más clara, más firme y operante que las fes y las ideas a las cuales tiene que enfrentarse en la cabeza y el espíritu de los oyentes.

Sin embargo, la sensación dominante en la Iglesia no es ésta. En cualquier reunión de sacerdotes o de fieles cristianos comprometidos en la vida y misión de la Iglesia, surge siempre el mismo malestar y la misma pregunta. ¿Por qué los jóvenes se alejan de la Iglesia en cuanto terminan su proceso de iniciación cristiana?, ¿qué podemos hacer para que niños y jóvenes descubran, estimen y vivan con seriedad y alegría la vida cristiana? Para responder a estas preguntas hay que contar con la misión insustituible de las familias cristianas. Veamos ahora unos cuantos pasos indispensables.

A) ALGUNAS CONSIDERACIONES GENERALES

1. Darnos cuenta de la gravedad de la situación.

Pienso que en las naciones de occidente el problema es tan grave, tan agudo, que no basta con buscar recetas de índole pastoral o pedagógica. Hay que descubrir las raíces de la situación que estamos viviendo y recurrir a soluciones fundamentales.

En nuestra Iglesia hay situaciones gravemente anormales. Un número muy alto de los bautizados vive habitualmente alejado de la Iglesia. Bastantes de quienes frecuentan la vida sacramental, aunque sea con cierta irregularidad, no aceptan algunas enseñanzas de la Iglesia en materia dogmática o moral, la vida espiritual, el vigor religioso de nuestros cristianos deja mucho que desear. Sin acusar a nadie concretamente, tenemos que reconocer que nuestras comunidades cristianas no son comunidades muy fervorosas ni tienen tampoco una fuerte conciencia apostólica. La vida de los cristianos está debilitada por las dudas de fe, por faltas de unidad, por debilidad frente a los contagios de la vida materialista y de la cultura anticristiana.

El problema básico de nuestra sociedad está en la tendencia a la indiferencia religiosa favorecida por el establecimiento de unos modelos de vida cada vez más desconectados y más difícilmente compatibles con el reconocimiento efectivo de la soberanía y la paternidad

⁷ *Novo millennio ineunte*”

de Dios. Vivimos en un ambiente cultural que implica y propaga la infravaloración y el menosprecio de la religión como algo impropio de los tiempos, sin base racional, sin utilidad práctica, con gran riesgo de autoritarismo y fanatismo. Sobre la religión ha caído la sospecha de ser una actitud humana precientífica, incompatible con el desarrollo científico de la sociedad, enemiga de la felicidad humana, disfrutada en una sociedad verdaderamente libre y placentera. Sin preocuparse demasiado para comprobar sus fundamentos y su veracidad, la gente va asimilando la idea de que para vivir a gusto es mejor prescindir de la religión y de la moral objetiva, relativizar mucho las enseñanzas de la Iglesia y la importancia de Dios en nuestra vida. Influenciados por esta mentalidad, unos dejan de considerarse cristianos, y muchos otros, que quieren seguir siéndolo, aligeran la importancia de su religiosidad reduciéndola a unas vagas notas más de índole social y cultural que verdaderamente religiosa y moral. Con mayor o menor claridad, lo cierto es que vivimos un conflicto de culturas, una con Dios y otra sin Dios, una en la cual Dios es el centro del hombre, otra en la cual el hombre es el centro y como el “dios” de sí mismo, de su vida, de su historia, de su organización, su desarrollo, progreso y felicidad. Sin necesidad de ningún salvador exterior.

En muchos aspectos, nuestra situación es parecida a la de los cristianos del siglo II y III. Vivimos inmersos en una sociedad no cristiana, que trata de asimilarnos culturalmente. Somos un islote de resistencia a la cultura liberal, capitalista, progresista, hedonista y mundana. Izquierdas y derechas tienen unas creencias comunes que hacen de la Iglesia, con más o menos agresividad, un fenómeno residual y molesto. Con actitudes y tácticas diferentes, todos intentan colonizarnos y ajustarnos a los patrones de la nueva cultura. Si nosotros queremos evangelizar y modificar la sociedad circundante en vez de ser digeridos por ella, tendremos que ser una comunidad más unida, más fuerte, más consciente y satisfecha de su patrimonio específico, más vigorosa espiritualmente, más efectiva en la configuración de la vida.

La situación es parecida pero de dirección inversa. Entonces era una sociedad pagana que se desmoronaba, dentro de la cual surgía una nueva sociedad cristiana pujante. Ahora es una sociedad más o menos cristianizada la que se desmorona asfixiada por la expansión de una cultura atea que remodela la vida de los mismos cristianos hacia un ateísmo egoísta y satisfecho.

Volviendo a nuestra reflexión sobre la misión evangelizadora de la familia tendremos que preguntarnos ¿qué tenemos que hacer para volver a contar con unos padres cristianos capaces de educar cristianamente a sus hijos?

2. Una Iglesia renovada, único punto de partida real.

La respuesta de Perogrullo es decir que necesitamos contar con familias verdaderamente cristianas, cuya visión del matrimonio y cuyo proyecto familiar sea verdaderamente cristiano. Pero el problema está precisamente en esto ¿cómo promover en la práctica el crecimiento de estas familias cristianas?

Una cosa es cierta. **La primera condición para la transmisión o la difusión de la fe en la sociedad actual es la existencia de una comunidad cristiana renovada, espiritualmente vigorosa, unida y consciente del tesoro que posee y de la misión que le incumbe. Una Iglesia misionera tiene que ser una Iglesia unida, una Iglesia vigorosa y operante, una Iglesia interpellante, una Iglesia de santos.** Esta es la

conclusión evidente de un razonamiento serio y responsable.⁸ Por eso, a la hora de pensar en la transmisión de la fe y la cristianización de las nuevas generaciones, la primera condición requerida es la conversión de la Iglesia, la conversión de los cristianos, nuestra propia conversión. Así lo ha proclamado insistentemente el Papa Juan Pablo II.⁹ La necesidad más urgente de la Iglesia en Occidente, es la necesidad de contar con **evangelizadores creíbles**, gracias a un testimonio personal y colectivo de vida santa.¹⁰

Para ello necesitamos poner en pie unas comunidades cristianas verdaderamente entusiasmadas con Cristo, conscientes de su significación como Hijo de Dios encarnado para salvar la humanidad entera. Comunidades que se sientan felices por haber conocido a Cristo, verdaderamente arraigadas y centradas en Él, conscientes de su responsabilidad y de sus posibilidades como testigos de Cristo y portadores de una palabra de salvación que ilumine los corazones y configure realmente la vida de las personas, de las familias, de las comunidades cristianas, grandes o pequeñas. Este paso no sería realista si no tuviéramos en cuenta los muchos cristianos sinceros que hay en la Iglesia. Es preciso llamarlos, convocarlos, hacerlos verdadera comunidad, en las parroquias, en la Iglesia local, dentro de la comunión católica. Esto no se puede lograr sin un esfuerzo de concentración y de unidad contando con todas las realidades y todos los Movimientos que el Espíritu ha suscitado en nuestra Iglesia.

Si no podemos renovar la Iglesia en su conjunto, comencemos por crear pequeñas comunidades realmente convertidas, realmente practicantes, que vivan con fuerza y alegría la vida cristiana en plenitud. Claro que uno puede preguntarse ¿cómo es posible constituir comunidades reales juntando a los fieles cristianos de las parroquias con los miembros de los distintos movimientos? Algunos tienen miedo a este lenguaje porque tienen miedo a perder las diferentes identidades. Tenemos que preguntarnos ¿cuál es la verdadera identidad de los cristianos? ¿cuáles son los carismas que deben prevalecer?

Otros temen que el número de los cristianos disminuya. En el fondo seguimos pretendiendo que la Iglesia abarque a todos, que todos sigan siendo Iglesia, aunque sea a costa de rebajar el ideal cristiano de santidad y someternos a los gustos y opiniones dominantes del mundo. Pero ¿es que podemos decir que son cristianos de verdad tantos millones de bautizados que no viven la comunión real con la Iglesia, ni en la doctrina ni en la vida? Olvidamos que la Iglesia es “sal”, “levadura”. Es decir “minoría transformadora”. Entre cantidad y calidad, nuestra opción tiene que estar siempre a favor de la calidad. El que respondan muchos o pocos no es asunto nuestro. Pero sí es nuestra la obligación de presentar el evangelio completo, la vida cristiana en su plenitud, sin perder el horizonte de la perfección, del juicio de Dios y de la vocación a la vida eterna. Las crisis históricas siempre han sido superadas por la fuerza de algunas minorías vigorosas, operantes, atractivas y influyentes. La calidad es expansiva, la simple cantidad, sin el vigor de la calidad, no garantiza nada.

Se impone lo que yo llamaría una **pastoral de la autenticidad**. Anunciamos el evangelio en su integridad, busquemos ante todo la conversión a Jesucristo por medio de la fe, fomentemos la aspiración sincera y realista de los fieles cristianos a la santidad, vivamos intensamente la comunión eclesial, local y universal, seamos capaces de presentar ante el mundo con fuerza una alternativa de vida visible, autorizada y convincente.

⁸ Es elocuente el relieve con el que el Concilio Vaticano II considera el testimonio cristiano como el primer instrumento evangelizador. Cf. *Ad Gentes* Cap. II, art. 1º, n.11

⁹ *Novo millennio ineunte*, *Ecclesia in Europa*, n 23

¹⁰ *Ecclesia in Europa*, n.49

Este es el punto de partida indispensable para desarrollar una acción evangelizadora capaz de producir una verdadera *replantatio Ecclesiae*. Todo ello está claramente expresado en lo que se puede considerar el párrafo central de la Carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente*:

“Todo deberá centrarse en el objetivo prioritario del Jubileo que es el *fortalecimiento de la fe y del testimonio de los cristianos*. Es necesario suscitar en cada fiel un *verdadero anhelo de santidad*, un fuerte deseo de conversión y renovación personal en un clima de oración siempre más intensa y de solidaria acogida del prójimo, especialmente del más necesitado”.¹¹

B) OTRAS SUGERENCIAS MÁS CONCRETAS

Me parece importante insistir en dos sugerencias introductorias.

La primera es la necesidad de la unidad. En la actualidad vivimos demasiado disgregados. Tenemos todavía las consecuencias de las “vacas gordas”. Damos mucha importancia a los así llamados carismas específicos. Cada Congregación, cada grupo, cada movimiento se preocupa de subrayar mucho lo que es “específico” sin atender tanto a lo que es común y fundamental. Todos los grupos que hay en la Iglesia viven de lo común y viven para lo común. Comunidades religiosas, movimientos, grupos, todos vivimos de la Iglesia madre, todos tenemos que asumir como propias las tareas de la Iglesia madre. Todos somos servidores del único Señor.

La segunda recomendación es la simplificación, la de dar importancia a lo que es y ha sido siempre importante, la Palabra y los sacramentos. Con eso ha vivido y ha crecido la Iglesia a lo largo del tiempo y a lo ancho del mundo. Con frecuencia, hablando de evangelización, complicamos demasiado las cosas, buscamos demasiados requisitos previos, revisiones, programaciones, formulaciones. Hay demasiados métodos, programas, deliberaciones. Dedicamos más tiempo y más esfuerzos a los preparativos que al ejercicio directo de la evangelización. Tengo la impresión de que a veces la abundancia de lo accidental nos entretiene demasiado y nos oculta la necesidad de lo que es verdaderamente decisivo. Cuando sus discípulos le preguntaron al Señor qué tenían que hacer para participar en las obras de Dios, su respuesta fue directamente a lo fundamental. “La obra de Dios es que vosotros creáis en Aquel que El ha enviado” (Jn 6, 28-29).

Dando esto por supuesto, podemos sugerir algunas pistas de actuación. Vaya por delante mi convicción de que el problema es tan grave que ya no valen las sugerencias de buena voluntad. Tendríamos que promover un estudio con especialistas, que investigaran qué pasos son los más adecuados para provocar un cambio en la tendencia y en la situación ambiental de nuestros cristianos.

Sin menospreciar a nadie, es preciso comenzar reconociendo que sin una renovación espiritual, eclesial, doctrinal y apostólica de los sacerdotes y de los colaboradores seculares, podremos hacer muy poco. Las divisiones entre nosotros, la pastoral del mínimo esfuerzo, las ligerezas doctrinales, la comodidad y el temor a los conflictos no son las mejores ayudas para inaugurar una época de renovación pastoral y eclesial. Una Iglesia misionera en el momento presente y en la sociedad actual necesita contar con sacerdotes y fieles bien

¹¹ TMA, n.41

preparados intelectualmente, profundamente entregados al servicio de Cristo y de su Iglesia, entusiasmados con el valor y la importancia de su ministerio, dispuestos a dar la vida día a día en una diligente disponibilidad y en un exigente servicio al cuidado espiritual de la comunidad y de los fieles cristianos. Unidos todos con el Obispo en una viva conciencia de unidad, de la grandeza de su misión y de la gravedad de su responsabilidad. Vivimos demasiado preocupados de nosotros mismos, de nuestros intereses, de nuestros problemas, de nuestros métodos. Demasiadas revisiones, demasiadas reuniones, demasiadas excepciones de una vida abnegada, entregada totalmente al servicio del ministerio, con diligencia, con trabajo, con entusiasmo.

He aquí una serie de preocupaciones y líneas de actuación que, a mi juicio, no pueden faltar en una PASTORAL DE LA FE, una pastoral evangelizadora sincera y efectiva.

1º, Convocar a los fieles de la parroquia o de la comunidad, y especialmente a aquellos matrimonios capaces de comprender y de vivir este ideal.. Aprovechar la capacidad evangelizadora de las familias verdaderamente cristianas que haya en nuestras parroquias y comunidades,¹² identificarlas, invitarlas, reunir las, concienciarlas, apoyarlas. Construir con ellas una verdadera comunidad catecumenal y litúrgica, en la que la INICIACIÓN CRISTIANA, LA EUCARISTÍA Y EL SERVICIO DEL AMOR FRATERNAL SEAN DE VERDAD LO FUNDAMENTAL. Hay que intentar que las parroquias sean verdaderas **comunidades catecumenales con capacidad de engendrar cristianos nuevos** hasta que el núcleo de la parroquia sea una comunidad de cristianos convertidos, orantes, convivientes y actuantes, cuya institución más importante sea el Catecumenado de niños y adultos como matriz vigorosa de los nuevos cristianos. Los Movimientos tienen que integrarse sin reservas en esta comunidad fundante y operante, sintiéndose llamados a colaborar en esta renovación espiritual, comunitaria y apostólica de las parroquias y de la Iglesia local entera. Para ello tiene que darse una clara y fuerte convergencia entre Movimientos y Parroquias que ahora no se da. Esta necesidad de acercamiento real entre parroquias y movimientos aparece claramente formulado en la Exhortación Apostólica *Ecclesia in Europa*.¹³ Así lo reconocía también el actual Papa Benedicto XVI en una hermosa conferencia titulada *Los movimientos eclesiales y su colocación teológica*, pronunciada en el Congreso Pontificio para los laicos, el 27 de mayo de 1998.

2º, En esta renovación espiritual y comunitaria de nuestras parroquias, la Eucaristía dominical tiene que adquirir el papel central que le corresponde en la vida de la Iglesia y en la vida espiritual de los cristianos.¹⁴ A partir de la Eucaristía, junto con la confesión sacramental frecuente y la atención personal a cada uno de los fieles, habrá que recuperar la conciencia de la llamada a la perfección de cada persona, de cada matrimonio, de cada familia. Esto requiere una dedicación plena y constante del pastor a cada fiel, sean catequistas o catecúmenos, personas aisladas o familias. La renovación espiritual de las comunidades cristianas requiere la renovación de la vida sacramental en general, desde el Bautismo hasta la Unción de los enfermos, todo centrado en la Eucaristía, el sacramento de la Reconciliación y la celebración del Día del Señor.¹⁵ Es indispensable que recuperemos el verdadero lugar de la virtud y del sacramento de penitencia en la vida de las personas y de las comunidades.

¹² Cf. *NMI*, 47

¹³ n. 15

¹⁴ *NMI*, n.35

¹⁵ Exh. Ap. *Ecclesia in Europa*, nn. 76-87.

3ª, En esta perspectiva, un paso decisivo tiene que ser dedicar especial atención a **augmentar la autenticidad y fructuosidad del bautismo de párvulos** celebrados tan frecuentemente en nuestras parroquias. Desde hace mucho tiempo la situación de nuestras Iglesias está pidiendo una revisión de la disciplina bautismal. Es cierto que el bautismo de párvulos es una riqueza de las Iglesias establecidas y evangelizadas. Pero ¿es ésta ahora nuestra situación? ¿No comienza a ser alarmante el número de niños bautizados que no llegan nunca a ser personalmente creyentes? ¿No hay aquí un grave desajuste entre la celebración de los sacramentos y las disposiciones espirituales con que los celebramos? Con estos interrogantes no quiero decir que haya que prescindir del bautismo de párvulos. Quiero decir simplemente que a los padres que quieren bautizar a sus hijos en los primeros meses de vida, hay que pedirles amablemente una mayor implicación en su educación cristiana. No se trata de negarles la celebración del sacramento, sino de ayudarles a comprender, cuando sea necesario, que se tomen un tiempo de reflexión y preparación a fin de renovar su vida cristiana y ponerse en condiciones de educar cristianamente al hijo que pretenden bautizar. En la parroquia o en los arciprestazgos tendría que haber cursillos o convivencias para facilitar a estos padres la ayuda necesaria para comprender el verdadero sentido del bautismo de sus hijos y los compromisos que supone para ellos.

4º, Un grupo de seglares tendría que encargarse de tener al corriente el censo de la parroquia, conectar con las familias nuevas que llegan, enterarse cuando en alguna familia esperan un hijo, visitarles una o dos veces durante el embarazo, ir preparando poco a poco el futuro bautismo, ofrecerles algún encuentro de preparación, algún librito que les ayude a prepararse para recibir al nuevo hijo y acompañarle debidamente en su incorporación a la Iglesia. Resulta imprescindible promover en las parroquias una pastoral de acercamiento a las familias jóvenes, a pesar de todas las dificultades que haya que superar. Mucho puede ayudar un equipo de visitadores y un buen trabajo de informática que tiene el censo al día, que lleva la cuenta de los aniversarios, los enfermos, los cumpleaños y todas las demás fechas en las que es oportuno un acercamiento amable y oportuno de la parroquia a las familias que la componen. Hay muchas iniciativas que tendrían que ponerse en marcha en las parroquias o en los arciprestazgos, visitas a domicilio, bendición de las futuras madres, convocatorias en los aniversarios, visitas a los enfermos y ancianos, etc. Lo difícil es pasar de un estilo de parroquia que se sitúa a la espera de que los feligreses se acerquen por allí, a otro estilo de parroquia más activa, mejor organizada, más abierta y acogedora, que toma la iniciativa y es capaz de salir al encuentro de los que no se acercan, creando oportunidades para encontrarse con ellos y de forma especial con las familias jóvenes.

5º, De esta manera habría que ir incorporando poco a poco a los padres al trabajo parroquial y al proceso de iniciación y crecimiento en la fe de sus hijos. Esto hay que hacerlo de forma diversa en las distintas etapas de la vida del niño y en los diferentes pasos de la iniciación cristiana. En los primeros años los protagonistas de la educación religiosa tienen que ser los padres y desde la parroquia hay que trabajar con ellos despertando su responsabilidad y ayudándoles del mejor modo posible para que lo hagan con oportunidad y con acierto. Cuando los niños comienzan su catequesis hay que buscar la manera de que los padres intervengan desde el principio pidiendo ese servicio de la parroquia y asumiendo sus propios compromisos, es preciso mantenerlos informados del comportamiento y aprovechamiento de sus hijos, invitarles a algunos encuentros para ayudarles a preparar en casa el acontecimiento y la celebración de la primera comunión, pedirles que colaboren para que sus hijos sigan en el proceso de una catequesis continuada, informarles a tiempo acerca del momento más oportuno para celebrar la confirmación de sus hijos, según las disposiciones de cada uno, ayudándoles a comprender la naturaleza de este sacramento e invitándoles de nuevo a colaborar con el trabajo de la parroquia en la preparación y celebración de este sacramento.

6º, Es indudable que una renovación espiritual de nuestras comunidades tiene que apoyarse en una celebración más auténtica y más fructuosa del sacramento del bautismo, y de todo el proceso de la iniciación cristiana. Bautismo, catequesis de conversión, confirmación y eucaristía. Este es el fundamento y el punto de apoyo de toda la vida espiritual y apostólica de nuestros cristianos y de nuestras comunidades. Pero tenemos que darnos cuenta de que la renovación de la pastoral del bautismo y de la iniciación cristiana tiene que apoyarse en **la renovación espiritual de los matrimonios y de las familias jóvenes**. Por eso es indispensable que en nuestras parroquias revisemos en profundidad la preparación para la celebración del matrimonio cristiano.

7º, La preparación para el matrimonio comienza por la educación en el amor y en la castidad. En el marco de semejante planteamiento hay que ofrecer a los niños y jóvenes una mejor preparación para el matrimonio. Existe una preparación remota que consiste básicamente en una adecuada educación afectiva y sexual de los adolescentes, lo que ha sido siempre la educación de la castidad, que es absolutamente indispensable y que hay que ofrecer en los colegios y parroquias, también con la necesaria información y colaboración de los padres, hecha con criterios positivos, bien fundados espiritualmente y antropológicamente. En las catequesis de confirmación no pueden faltar los temas referentes a la comprensión cristiana de la sexualidad, del matrimonio, de la moral matrimonial y familiar, hechos en perfecta concordancia con las enseñanzas de la Iglesia y las sugerencias de una recta antropología debidamente actualizada. En casi todas las Diócesis funcionan los cursillos prematrimoniales que constituyen una preparación mínima que habría que consolidar y mejorar en sus contenidos y métodos. Junto a estos cursillos comunes, habría que ofrecer una preparación más amplia, en forma de curso catequético o catecumenal ordenado expresamente a la preparación del futuro matrimonio que se podría ofrecer a los jóvenes durante su noviazgo o simplemente a partir de los 18 '0 20 años aunque no tengan a la vista la celebración del matrimonio. Es muy importantes ofrecer a los jóvenes diversas oportunidades para recibir una buena **educación para el amor**, mediante programas específicos de preparación para el matrimonio, que les ayuden a llegar a su celebración con la debida preparación intelectual, espiritual y moral, viviendo en castidad.¹⁶

Hoy la falta de disposiciones espirituales adecuadas en la celebración de muchos matrimonios es un verdadero sufrimiento para muchos sacerdotes. Hay en ello un problema teórico y otro práctico. Teórico porque según la doctrina tradicional, entre cristianos el matrimonio sacramental es el único matrimonio válido posible. Práctico porque nadie dice con claridad qué se debe hacer con unos cristianos bautizados que piden en la Iglesia el matrimonio en situación práctica de incredulidad o de grave indiferencia e insensibilidad religiosa. ¿Negarles el sacramento? ¿Retrasarlo y pedirles un tiempo de preparación? ¿Concedérselo sin entrar en el fondo del problema?

No tenemos unos planteamientos adecuados. Sufrimos las consecuencias de la multiplicación de una figura anómala que no está considerada sistemáticamente en la disciplina ni en los ordenamientos pastorales vigentes. Me refiero al **cristiano bautizado no creyente**. No hay por qué endurecer ni ensombrecer la situación. Es muy posible que quienes se acercan a la Iglesia para pedir el matrimonio canónico, aun no siendo practicantes, tengan alguna fe elemental y sincera en el fondo de su corazón. También es cierto que los signos externos hacen pensar con frecuencia en la existencia de graves lagunas y deficiencias, tanto en el grado de adhesión a la verdad de la salvación, como en el conocimiento y aceptación de sus contenidos fundamentales.

¹⁶ Cf *Iglesia en Europa*, n.92

Resulta indispensable un análisis sincero de esta situación y la formulación de unos criterios de actuación que respetando todo lo que haya que respetar y tener en cuenta, inicie prudentemente un camino de evangelización y fortalecimiento de la autenticidad de fe y del fruto santificante de los matrimonios que celebramos en nuestras parroquias. No es un asunto fácil. Será preciso un tiempo de reflexión, una gran prudencia en la actuación, un gran esfuerzo de unidad y disciplina para actuar siempre con respeto a los fieles y provecho espiritual del Pueblo de Dios. Hay muchas familias deseosas de esta reacción. Tendría que ser una reacción a la vez prudente y vigorosa, respetuosa y efectiva, capaz de hacer pensar, que sacudiera el conformismo de muchos cristianos y avivara en ellos la estima de su vocación y el deseo de vivir con mayor intensidad los bienes de la salvación. No se trata de negar el matrimonio a nadie que lo desee sinceramente. Bastaría con ir ampliando y clarificando las exigencias de una celebración fructuosa, con la debida preparación. No se trata de negar sino de ofrecer, ofrecer la ayuda necesaria para preparar bien el matrimonio sacramental dilatando un poco su celebración, introduciendo poco a poco una verdadera catequesis de renovación espiritual para aquellos que deseen casarse sacramentalmente y que no tengan una vida cristiana suficientemente clara y eficiente.

8º, De esta manera, con un trabajo serio, entusiasta y continuado, mantenido comunitariamente, sin decaimientos ni disensiones, favoreciendo la experiencia gozosa de la vida familiar en comunión con Jesucristo, llegaremos poco a poco, con la ayuda del Señor, a poder contar con grupos de matrimonios cristianos que vivan su vida esponsal y familiar como un verdadero camino hacia la perfección cristiana, de acuerdo con las orientaciones y exhortaciones de la Iglesia, utilizando rectamente los medios de santificación que la Iglesia les ofrece. A la vez que el fruto de una pastoral bien programada y mantenida con perseverancia, ellos serán en adelante los principales colaboradores de la ampliación creciente de esta labor.

9º, En la programación y ejecución de este trabajo pastoral, será preciso **centrarse en aquellas cuestiones especialmente necesarias** para que exista una pastoral verdaderamente evangelizadora, aquellos puntos de la revelación, de las enseñanzas de la Iglesia y de las prácticas cristianas que fundamentan y favorecen más directamente el surgimiento de la fe, que consolidan la fe de los cristianos dubitantes, que avivan el dinamismo espiritual y apostólico de los cristianos. Una buena catequesis de INICIACIÓN CRISTIANA, así como la atención a las familias jóvenes no pueden desconocer las exigencias generales de una pastoral verdaderamente evangelizadora, como son, por ejemplo, las siguientes:

- Ayudar a descubrir la existencia de Dios Creador y nuestra condición de criaturas suyas, la importancia y necesidad de Dios para una existencia personal, libre, responsable y verdaderamente humana.
- Conseguir un conocimiento básico de la historia de la salvación, y en concreto de Cristo, muerto y resucitado, que mueva a poner en El el fundamento de la fe y de la identidad personal.
- Desarrollar los aspectos más hondamente religiosos y teologales de la vida cristiana, favoreciendo una vida de oración, amor, obediencia y confianza en el Dios de Jesucristo, sin quedarnos en la utilización mundana de la religión. Presentar con claridad el momento definitivo del encuentro con Dios, la necesidad y primacía de su salvación, prevista, aceptada, vivida como punto de apoyo, criterio y fuerza decisiva para la vida presente. Todo esto ofrecido y vivido con humildad y realismo, con paciencia y perseverancia, con unidad y alegría.

- Presentar el mensaje de Jesús en todo momento como un mensaje positivo de salvación, de liberación, de verdadera humanización de la persona, de la libertad y del amor, de la familia, de la humanidad entera. Un mensaje que no cargue las conciencias sino que alegre los corazones de las personas honestas y sencillas.
- Recuperar explícitamente la perspectiva escatológica de la vida cristiana, el juicio de Dios, la esperanza de la salvación eterna, el riesgo de la condenación, la posibilidad y gravedad del pecado.
- Descubrir y amar el verdadero ser de la Iglesia, como Iglesia de Jesús, Cuerpo de Cristo, Templo de la Trinidad, Sacramento de salvación para el mundo entero, conocer su historia, amar y defender su patrimonio espiritual y cultural, vivir a gusto en ella como Hogar espiritual de los cristianos.

CONCLUSIÓN

Cuanto queda dicho se podría resumir en muy pocas afirmaciones:

- es preciso contar con la misión y colaboración de las familias para transmitir la fe a las nuevas generaciones;
- esta educación en la tiene que llevarse a cabo en el proceso de la iniciación cristiana comenzando por la renovación del sacramento del bautismo y de la catequesis de conversión;
- todo ello tiene que hacerse con la colaboración de las familias,
- para ello es preciso que intensifiquemos la autenticidad de las celebraciones del sacramento del matrimonio.

Con todo lo dicho querría ayudaros a levantar el ánimo y desarrollar en nuestra iglesia un movimiento de aliento, de esperanza, de alegre iniciativa apostólica. No tenemos que resignarnos a perdiendo fuerza poco a poco. Es verdad que vivimos una profunda crisis en la aceptación de la fe y en la perseverancia de los cristianos. Y es también verdad que ha disminuido notablemente el vigor religioso en muchas de las familias cristianas. Por eso mismo vivimos tiempos difíciles para la transmisión a las nuevas generaciones y para el mantenimiento de unas comunidades cristianas florecientes. Pero también es verdad que los factores objetivos profundos juegan más a favor de la fe que de la increencia. El mensaje de Jesús, presentado con autenticidad y entusiasmo se abre camino y conmueve los corazones más cerrados.

El hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, para vivir y convivir con El. Dios nos habla por la verdad de las cosas, mediante la verdad profunda de nosotros mismos, vivimos envueltos por su gracia, de manera que nunca podemos prescindir definitivamente de las promesas. Las dolorosas consecuencias de nuestros propios pecados, más pronto o más tarde, nos hacen añorar la casa y el amor del Padre del Cielo.

Ni el ateísmo, ni el agnosticismo, ni la indiferencia religiosa son situaciones naturales del hombre, ni pueden ser tampoco situaciones definitivas para una sociedad. No es natural la actual desconfianza frente a Dios, a la Iglesia y a la moral cristiana, que es también

humana, reclamada por las aspiraciones más profundas de nuestro corazón. Una cultura que niega a Dios y diviniza los bienes terrenos, lleva dentro los gérmenes del dolor y de su propia disolución. Los hombres vivimos religados al poder inevitable de lo real, vinculados de manera absoluta e ilimitada a la realidad, que nos induce a preguntarnos sobre la existencia de Dios y la esperanza de su salvación. El orgullo del hombre rico de occidente es más débil de lo que parece. La debilidad de la fe es más fuerte que la fuerza aparente del ateísmo y de la indiferencia.

Más tarde o más temprano, los hombres volverán a percibir que la fe en Dios no es amenaza para su libertad, sino que la comunión espiritual con El es fuente y garantía de la libertad verdadera, de una libertad que arraigada en la verdad que se afirma en el amor del bien y el ejercicio de la justicia. Muchos cristianos viven el momento actual angustiados, desconcertados, atormentados por la duda. Este es el tiempo de la fe, el tiempo de la confianza, el tiempo del testimonio y de la esperanza. Para nosotros están dichas aquellas palabras recogidas por el Apóstol San Pablo: "Te basta mi gracia. La fuerza se consume en la debilidad. Cuando somos débiles y nos acogemos a la fuerza de Cristo entonces somos verdaderamente fuertes." (Cf IIC 12, 7-10).

Es posible que por medio de los sufrimientos de esta época de empobrecimiento y creciente debilidad, Dios nos está pidiendo una mayor autenticidad, una purificación de nuestro orgullo colectivo y una recuperación de la fe en El como principio de vida y de salvación. Es cierto que el evangelio de Dios es para todos y todos lo necesitamos para nuestra salvación. No podemos renunciar a anunciarlo a "toda criatura". Pero el reconocimiento de la fe y el crecimiento de la Iglesia vendrán cuando y como Dios quiera y será, sin duda, por medio de la colaboración fiel y generosa de unos pocos cristianos, pocos en número pero grandes en la verdad de su palabras y en la fuerza creadora de su caridad., El número siempre ha sido consecuencia de la calidad. Y no al revés. Son los santos y los mártires los que impulsan la expansión de la fe y el crecimiento de la Iglesia. La autenticidad traerá el crecimiento. La calidad traerá la cantidad, pero la cantidad no garantiza la calidad.